

Al son de los órganos y de los golpes de alabarda de los guardatemplos, Norina volvió á aparecer; pero del brazo de su marido, nuevo, flamante. Muy cerca del pórtico, en la obscuridad vió dos brillantes ojos fijarse sobre ella, y reconoció la cara pálida alargada de Justino. Era absolutamente de mal gusto, lo sabía; pero el sentimentalismo romántico, de que nunca había tratado de desprenderse, lo había encaminado allí, á pesar de los consejos de sus amigos. Había querido proporcionarse la cruel alegría, de contemplarla en toda su pompa nupcial.

A pesar de que ella no era ya la que él había amado; aunque vendiéndose por dinero á un hombre honrado, á quién engañaba, como le había engañado á él, representando la comedia de la inocencia como la había representado en Dieppe, la creía sometida á detestables influencias, que no podía explicarse, acusaba á la madre de haber pervertido el entendimiento de la hija; si ésta hubiese parecido triste ó preocupada, Justino hubiese derramado aún muchas lágrimas estériles.

Al verlo, la joven no pudo reprimir un movimiento de repulsión; su mirada cruel y dura se fijó sobre su antiguo prometido como para decirle:

—¿Qué venís á hacer aquí? ¡Espero que no es á comprometerme!

Casi había amenaza en los ojos antes adorados.

Al ver esto, Lignón sintió que todo su amor, toda su adoración caía como de un alto andamiaje y moría dentro de él, después de corta agonía.

—No vengo, seguramente, á comprometeros—respondió su mirada,—sino á deciros que no sois nada para mí ¡nada! ¡Menos que el fango que va á ensuciar ahora el borde de vuestro vestido de novia!

Comprendió este lenguaje y pasó cada vez más colorada.

Muriet se mantenía á la portezuela de una carretela; Norina no sintió siquiera la galante presión de la mano que le ofreció para montar; no sabiendo subir en coche, se le enredaron los pies en el velo, del cual quedó un pedazo enganchado á la portezuela. Mientras Duval subía, el arquitecto se apoderó del pedazo de tul, y lo metió con destreza en el bolsillo, al lado del corazón, dirigiendo una sonrisa á la joven. El carruaje partió y toda la comitiva se dirigió al *Gran Hôtel*, donde el personal estaba en zafarrancho de combate para un festival que costaba carísimo.

XXIII

—¡Ea, ya estáis casada!—dijo Muriet después de una opípara comida, que el contratista ofrecía á los quince días de su boda á los amigos particulares de las dos familias.

—¡Así parece!—contestó Norina.

Tomaban el café y los amigos se hallaban diseminados por los dos salones, y por el de fumar, y el gabinete de trabajo, dejando entre los grupos grandes intervalos que favorecían las conversaciones particulares.

—¡Os parece!... ¿No estáis bien segura? ¿Es la riqueza ó el matrimonio la causa de vuestra incertidumbre?

Norina se encogió de hombros; se le había contagiado de Muriet aquel gesto, y encontrándolo bonito, probablemente, lo había conservado.

—¡La riqueza! ¡vaya una cosa! ¡como si no hubiese en París otros más ricos que yo!

—¡Vamos, no se está tan mal aquí!—dijo el arquitecto,—aunque no sea yo quien ha construído la casa, no carece de comodidades.

—Hemos comido ayer en casa de una señora, la esposa de un comerciante en cerveza, un amigo de mi marido, ¡aquella sí que es rica! ¡Si hubieseis visto qué trajes! ¡Ella no tiene amigas de menos de cuatrocientos mil francos de renta, eso vale la pena siquiera!

—¡Las tendréis, querida señora!—dijo Muriel con dulzura.—Sois demasiado hermosa, para no tener todo lo que queráis.

Las turquesas se volvieron hacia él con su antigua dulzura.

—¿Qué queréis decir?—replicó Norina con todo su ingenuo candor aumentado aún, si es posible.

—Ya me comprendéis—repuso brutalmente el arquitecto que no se preciaba de delicado.—Vuestro marido está enamorado de vos; le obligaréis á cumplir cuanto se os antoje.

Norina suspiró y volvió hacia su antiguo amigo su melancólica mirada; pero permaneció muda.

—¿Qué?—dijo Muriel con voz conmovida—¿ya desgraciada? y alargaba la mano para coger otra cargada de anillos, que reposaba sobre el respaldo del sofá; pero ésta se retiró despacio y aquél no obtuvo respuesta alguna.

Norina con un vestido de terciopelo negro, se dirigió á su marido que se aproximaba, y ambos se acercaron á un grupo de invitados.

La señora de Guerbois campaba en su sillón con una taza de café en la mano. No le gustaba esta infusión, que la sentaba mal, después de la comida; pero

creía indispensable tomarlo para confirmar sus costumbres mundanas.

Al cabo de algunos instantes su hija tomó asiento á su lado.

—¡Vaya!—dijo la madre feliz,—¡estás contenta! ¡Esto se llama vivir en grande!

Norina tardó en contestar. Después de un silencio, repuso:

—Nos vamos pasado mañana para el Indre; ¡si crees que eso me divierte!...

—Un pequeño viaje no es desagradable,—objetó la señora de Guerbois, no sin titubear, porque durante todo el día no había cesado de caer nieve derretida, no prometiendo mucho atractivo para el viaje en cuestión.

—¡Es muy aburrido!—afirmó Norina.—No se va á provincias en pleno invierno, ¡y para construir una fábrica! Quisiera que me dijese que es lo que voy á hacer allí, mientras él vigile los trabajos...

—Pronto conseguirás traértelo á París—dijo sonriéndose la señora de Guerbois.

—No es tan fácil; es extremadamente terco, bien lo había dicho; pero yo no lo había tomado en serio. Nunca he visto terquedad igual.

—¿Te rehusa alguna cosa?

—¡Ni aun presta atención á lo que le digo! si insisto, se reñe, si me enfado, me abraza Siempre está de buen humor, es desesperante.

La señora de Guerbois no halló nada que contestar.

Sin tener gran experiencia de la vida, sabía que estos hombres que nunca pierden el buen humor, fingido ó real, son los más temibles campeones para el que quiera luchar con ellos.

—En fin—le dijo á modo de consuelo,—ya eres rica, casada y libre para ir y venir...

—¡Libre no!—apuntó Norina—puesto que me lleva al Indre.

Alguien se adelantaba; ella volvió á recobrar su dulce mirada y su encantador rostro asombrado; sin embargo, al retirarse los invitados de Duval, no dejaron de observar, entre otras cosas, que la señora de Duval tenía de vez en cuando un aspecto hurao.

—Duval la corregirá—dijo uno de ellos;—es el más alegre compañero que conozco.

—Y además firme como una roca,—añadió otro amigo.

—¡Ya la hará andar derecha!—dijeron los otros á coro.

La señora de Duval salió para el Indre con su marido. Por más que se enfadó, se fingió enferma, y hasta lloriqueó, no le sirvió de nada.

—No me he casado—dijo juiciosamente el contratista,—para que mi mujer se quede en París, mientras yo vivo en provincias. Nos casamos para vivir juntos, querida, tus padres han debido enseñarte esto, con e catecismo.

—Precisamente eso es lo que me entristece, separarme de mis padres—opuso la joven.

—El cura que nos ha unido—repuso Duval, riéndose,—te ha dicho, que la mujer abandonará á su padre y á su madre para seguir á su marido; no hay nada que hacer ni decir, gatita mía. Vamos á construir la más hermosa fábrica del departamento, y te enseñaré en que se distingue la buena piedra de la mala, ¡ya verás que divertido es coger á esos pillos de canteros cuando quieren hacer pasar mala mercancía por buena!

Esta perspectiva no tenía ningún atractivo para Norina; pero era preciso partir y partió.

Fué en una berlina-cama, con todas las ventajas que puede procurar la riqueza. Pero Diciembre, no dejaba, á pesar de eso, de arrojar su granizo sobre los cristales y cuando el tren los dejó á los dos, antes del amanecer, en una estación helada, cuando el coche los había transportado á una aldea, donde la mejor fonda era una mala posada, Norina no ocultó su disgusto.

—Esto es una tiranía—dijo con verdadera explosión de cólera.

—Hijita mía—repuso su marido con firmeza;—cuando me he casado contigo, no estabas mejor alojada de lo que estás aquí; componías tus trapos ó bien hacías ganchillo; comías bastante humildemente, puesto que yo he almorzado en tu casa, y me acuerdo. En cuanto á diversiones, no hablemos, porque me parece haber oído por tu propia boca, que no ibas al teatro cuatro veces al año. Aquí no tendrás nada que remendar, porque todo lo que posees es nuevo; la cocina es excelente, yo soy entendido. Tendrás todos los libros que quieras, nos pasaremos en coche por todas partes, y dentro de seis semanas volveremos al redil.

—¡Seis semanas! ¿No estaremos en París para el primero de año?

—A pesar de eso tendrás tus aguinaldos, está tranquila!

Duval, imperturbable, volvió á tomar en seguida sus arreos de contratista que había abandonado, provisionalmente, para galantear y casarse. Era su elemento y encontraba en ello sumo placer.

De vez en cuando tenía diferencias con su arquitecto; en los casos dudosos, lo llevaba á su casa, donde la cándida faz de Norina le ayudaba á cortar el li-

tigio. Estaba bien seguro, de que jamás aquel hombre, bien educado, le hablaría en presencia de la joven como lo hubiese hecho lejos de aquélla. Norina sería, inconscientemente, su auxiliar.

Ella procuró hacerse apreciar por el arquitecto, pero era éste todo lo contrario de Muriel. Canoso, de aspecto severo, era un padre de familia que no miraba á las mujeres.

Por un instante la extrema juventud de aquella pobre señora de Duval, le inspiró el pensamiento de decirle algunas buenas palabras, como á un niño ó á un perro familiar; después, cuando se hizo cargo del partido práctico que de ella sabía sacar el contratista, se guardó mucho de demostrarle más que la política indispensable, á fin de poder conservar su libertad de hablar, hasta cierto punto.

Así fué como Norina pasó, no seis semanas, sino dos meses enteros.

Sería completamente superfluo, decir que nunca había sentido por su marido, sino la más completa indiferencia; pero al cabo de esos dos meses esa indiferencia se convirtió en aversión.

Cuando llegaron á París estaba tan llena de agravios, que necesitó varios días para contárselos á su madre. Con gran estupefacción, vió que no le prestaba sino muy distraída atención.

—¡Ay! ¡Hija mía! ¡así es el matrimonio! Los hombres no hacen nunca lo que queremos. A fuerza de tiempo, y con mucha prudencia y disimulo, es como se llega á gobernarlos, y aun no á todos.

—Justino Lignón, hacía todo cuanto yo quería,— exclamó con tono batallador la joven señora de Duval.

—¡Pero no tenía un cuarto, y tu marido es rico!— hizo observar la madre como persona práctica.

—En fin—concluyó Norina,—estamos en París, es la época de los bailes; voy á poder divertirme.

Durante tres semanas, se divirtió, en efecto.

Duval, que en el fondo era el mejor hombre del mundo, la paseó durante el día y la acompañó, de noche, á todos los teatros que su fantasía quiso conocer.

Los que prefería, no eran los más literarios; pero á los pasajes más atrevidos de la obra que se representaba, oponía su inefable candor; tanto, que un día Duval oyó detrás de sí, á una señora, decir á su marido:

—¡Verdaderamente, no comprendo como ese padre, aun joven, trae á su hija, á semejantes espectáculos!

Todo lo más es bueno, para viejos como nosotros.

El contratista no quedó muy contento. A partir de ese día, se mostró extremadamente severo para escoger los espectáculos, y, durante un mes, tuvo la constancia de leer la sección de crítica dramática de «Le Temps» que, según le habían dicho, era el periódico mejor escrito, y más sensato é imparcial de fodos.

Como no entendía una palabra, encontró más práctico suprimir, en parte, el teatro y no llevar á su mujer, sino á las piezas que habían sido estrenadas, y que toco el mundo convenía en proclamarlas honestas, lo cual aburrió mucho á la señora de Duval. Quedaba la vida social. Cinco ó seis comidas aceptadas y correspondidas, agotaron la serie de invitaciones.

Por todas partes se bailaba, sin embargo; Norina que leía asiduamente los periódicos del gran mundo, se enteraba de que se había celebrado un cotillón en casa la señora de P;... jugado á la lotería en casa de la condesa de C... efectuado un baile blanco, en casa

de la marquesa de D... y un baile rosa en casa de la duquesa de K...

¡Por todas partes se bailaba, todo el mundo se divertía! ¡Todos menos Norina! Conviene decir que no sabía bailar, pero pronto se aprende, al menos, así lo creía, ¡y tenía tan buena voluntad!

Eran tantas sus ganas, que propuso á su marido dar un baile.

A esta proposición, el contratista prorrumpió en una carcajada.

—¿Un baile? ¿Nosotros? ¿quieres ver bailar á las mujeres de mis escribientes? ¡Ay! ¡hija mía! ¿quién vendría á un baile á nuestra casa? Nosotros damos comidas, muy bien, vienen, nos las devuelven; pero, ¿sabes cuanta gente es preciso conocer, para organizar un verdadero baile? No pienses en eso, mujercita mía, y además sin reprochártelo, eres una extraña dueña de casa. ¡A no ser por mí, la cocinera nos saquearía! felizmente, yo desembrollo sus cuentas; pero, á pesar de todo, hace su agosto. Vamos, deja los bailes á las personas que entienden de eso, tú tienes con qué entretenerte aquí, diviértete y estemos tranquilos.

¿Divertirse? ¿con qué? Norina tenía la cabeza tan vacía como una ratonera que, como todos saben, es una habitación muy poca amueblada.

¡El aburrimiento! el aburrimiento, mortal é inevitable, se apoderó de su pequeño cerebro, y se entregó en aquella soledad á excesos de desesperación sin límites.

Norina empezó por llorar silenciosamente, lo que consiste según la fórmula en deshacerse en lágrimas tres minutos antes de la vuelta del marido, á fin de tener los ojos irritados convenientemente cuando él entre, de modo que no pueda menos de enterarse.

Todo hubiese ido perfectamente, si Duval hubiera sido hombre capaz de fijarse; pero no se fijaba. Entraba, cogía á su mujer por el cuello, la besaba un poco por todas partes y la soltaba riéndose; luego le daba cuenta de los negocios del día.

¡Oh! ¡los negocios del día!

Norina concluyó pronto por temer este momento, que le parecía resumir todas las tacañerías del destino; y tocó el partido de no escuchar.

Pero Duval era de los que quieren ser escuchados y que os traen al asunto por medio de interpelaciones directas, cuando quieren fijar en él vuestra atención.

No solamente debió Norina atender, sino contestar; y la vida se le hacía odiosa á partir de las siete de la noche.

A media tarde, gozaba de algo bueno cuando, después del almuerzo, Duval se iba á sus trabajos, Norina se emperifollaba cuidadosamente, mandaba enganchar, y daba un paseo en su victoria.

¡Su victoria! ¡qué alegría tener un carruaje propio!

Lucía al borde del lago sus trajes demasiado llamativos, y cierto aire que ella creía digno, y era á la voz insolente y violentado. Al principio había creído atraer todas las miradas; llevar á cabo la conquista de un hermoso joven que se murjese de amor por ella y se lo hiciese saber antes de exhalar el último suspiro.

Observó con profunda estupefacción que casi no la miraban, y nunca lo hacían dos veces; su belleza, que atraía la mirada cuando iba á pie, vestida con un modesto traje y con un sombrero de diez francos; con su aire casto y su aspecto de ingenua, no tenía ningún relieve con el terciopelo y las pieles; en ese marco tan rico parecía muy vulgar. Su coche carecía de elegancia y de buen aspecto, persistió sin embar-

go, en exponerse en el Bosque á la hora de moda, y pronto fué designada por los abonados, con el nombre de la «Joven tendera».

¡Si el clemente cielo le hubiese evitado el dolor de conocer este sobrenombre tan poco alhagador! ¡Pero no. Se hubiese dicho que al sacar en la lotería del casamiento el premio gordo de un contratista, en situación de hacer fortuna, le había el mismo tiempo traído una racha de mala suerte.

Un día que una de esas paradas tan favorables á las bellas, detuvo su coche frente á un grupo de jóvenes, oyó claramente las siguientes palabras.

—¡Mira la «pequeña tendera»! ¿la ves, con su victoria de color castaño, con ruedas azules?

—¡Victoria de ocasión, mujer nueva!—propinó el interpelado.—Las mejillas tienen aún la flor del melocotonero; pero debía tratar de palidecer; no es bueno ser una amapola! Parece un tarro de salsa de tomate escapada de casa de su señora madre!

Norina se puso aún más colorada. Su victoria era de color castaño con ruedas azules, incontestablemente, y también de ocasión. Era muy colorada, ya lo sabía, no había necesidad de repetirlo tanto. ¿Hacer algo para palidecer? Ciertamente, no pedía otra cosa. ¿Pero qué?

Consultó á su doncella que le dijo que para ello se debía vinagre.

Norina comenzó á beberlo, y en seguida tuvo retortijones de estómago, hasta el punto de verse obligada á hacer llamar al médico.

Para otra cualquiera con el médico y las medicinas hubiese bastado. La distinguida palidez hubiese aparecido pronto sobre las mejillas recalcitantes al vinagre.

La señora Duval no tuvo esa suerte. En ocho días, se repuso, más fresca que nunca, según decía su marido, y bien lo sabía ella.

Llegó el verano; se debía salir á veranear á cualquier sitio Duval no se resignó sino en último extremo porque tenía horror al verano. Norina había escogido Dieppe. Su esposo aceptó Dieppe como se acepta un resfriado de cabeza; pero una vez resignado á este inevitable partido, su buen humor no disminuyó.

Cuando Norina anunció á la señora de Guerbois sus proyectos para el verano, ésta le dijo con tono severo.

—¿Espero que nos llevarás á tus hermanos y á mí?

Nunca las intenciones de la señora de Duval habían sido más opuestas á esta proposición.

No; no llevaría á Dieppe á aquella familia poco distinguida, que le serviría de estorbo, cuya presencia le impedía tomar el cetro de la moda, que esperaba conquistar; se había mandado á hacer trajes llamativos, que, seguramente, producirían sensación; si su madre iba á impedirle que se los pusiese, todo su gozo quedaría destruído.

—No creo que la casa que ha alquilado mi marido sea bastante grande.

—Ya hablaremos de ello—dijo la señora de Guerbois resueltamente.

Y habló el mismo día; pero no á su hija, sino á su yerno, á quien fué á buscar en medio de sus albañiles. Le hizo ver que no pudiendo estar siempre presente, era Norina demasiado joven para verse entregada á sí misma, etc. Duval quedó convencido de la justicia de sus consideraciones y fué convenido que la señora de Guerbois se uniría á su hija en seguida que se ce-

rraran las clases, para lo cual faltaban solamente algunos días.

Duval anunció esta buena noticia á su mujer aquella misma noche. Norina no se alegró; pues había reconocido la inutilidad de contrariar á su esposo.

La astucia, no le servía de nada porque adivinaba siempre y reía á mandíbula batiente al desbaratar las combinaciones de su esposa.

No tenía la educación necesaria para ocultar estas pequeñas satisfacciones bajo un velo de cortesía, y Norina se encontraba cruelmente ofendida.

Se resignó, pues, y esperó á su familia.

XXIV

Desde la tarde del primer día, el amor propio de la joven sufrió una ruda prueba. Al escoger Dieppe había obedecido á dos sentimientos muy diferentes que se mezclaban en su alma.

En primer lugar, quiso desafiar en su propio terreno á la señora de Breteuil, á la de Anglois y á Rosina, aplastándolas con su lujo y su elegancia; además tenía en su alma, una esperanza indestructible: la de conquistar á Reyer.

El pensamiento de que ese hombre se le escapaba, se había avivado en su cabecita descompuesta; no sabía por qué medios, pero le parecía que un día ú otro, concluiría por oírle decir á aquel rebelde buen mozo: ¡Os amo!

¿Lo amaba ella? ¡Probablemente! en el fondo de este ser mal equilibrado, el deseo de amar era casi tan fuerte como el del amor propio.

Mientras no le tuviese en sus manos; mientras no

hubiese hundido sus ojos en los de aquel hombre, que no había querido ser suyo á ningún precio, estaría humillada y vencida.

Lo mismo que los avestruces que escondiendo su cabeza entre las alas, creen escapar á las miradas, porque ellos no ven, así Norina no había pensado sino en esto. Pero cuando vió salir á su encuentro al señor y á la señora Breteuil, á Edmundo y á su consorte, con la temible señora Anglois, reconoció que había contado demasiado con sus fuerzas.

¿Qué papel iba á representar delante de toda esta reunión hostil, que se adelantaba como un ejército en orden de batalla?

—¡Mira!—dijo Duval,—!el señor y la señora de Breteuil! ¡qué buen encuentro!

Antes de que Norina hubiese podido decir una palabra se había adelantado y había estrechado las manos de los dos esposos.

—¿Por qué no habéis venido á mi boda?—dijo —eso no está bien; pero puesto que nos volvemos á encontrar. ¿Habitáis en Dieppe? ¿Conocéis á mi mujer?

—Un poco,—dijo fríamente el señor Breteuil.

Duval, que estaba á cien leguas de la verdad, se puso á pisotear como un terranova que rompiera huevos en un gallinero.

Concluyó por invitar á comer á todo el mundo, para el domingo siguiente.

Rehusaron cortésmente; él insistió, y viendo que no podía ganar la partida:

—¡Ah! ya sé—dijo,—¿es porque la invitación está hecha demasiado al aire? Pues bien, iremos á haceros una visita, ¿verdad, Norina? Y no tendréis nada que decir.

Después de suficiente cantidad de negaciones se separaron.

Norina caminaba al lado de su marido tiesa como una estaca y con toda la poca gracia que sabía desplegar.

—Os tengo dicho—advirtió después de un largo silencio,—que el señor y la señora de Breteuil se han portado muy mal conmigo; no creí que pensarais arrojaros en sus brazos.

Duval se paró tan asombrado por lo que acababa de oír, que no daba crédito á sus oídos.

—¡Cómo!—preguntó—¿me predicas moral ahora? ¿Te desagrada que sea amable con mis antiguos amigos? ¿y con gentes de quienes puedo necesitar cualquier día? Porque el señor Breteuil tiene dinero y la señora de Anglois no ha vendido aún todos sus terrenos; sin contar el abogado, cuyos servicios me serán muy útiles porque ya me ha concedido gratuitamente más de una consulta, que otro me hubiese hecho pagar, y que me ha dado buenos resultados.

—Os digo que se han conducido muy mal conmigo—repitió Norina que se sintió horriblemente ofendida.

—Más bien creería que fueses tú—respondió Duval, que sin saberlo se quemaba—la que haya molestado á ellos. Vaya, no te enfades; me parece, y sea dicho entre nosotros, que tienes un carácter poco agradable. En fin, lo mismo me da, he tomado el partido de no hacer caso; además, como tengo que aguantarte toda la vida, creo que es lo mejor que puedo hacer. Pero nunca me convencerás de que estos Breteuil, que son unos benditos, te hayan podido ofender. Considera un poco lo que ellos son, y compáralo con lo que tú eres, aparte de tu nuevo estado, que te comunica la mitad de lo que yo soy.

—¡Vámonos á casa—dijo Norina que se ahogaba.

—¡No deseo otra cosa!—respondió Duval, ya estoy harto de acostarme cuando el sol se levanta! Si quieres creerme aprovecharemos nuestra estancia á orillas del mar, para acostarnos á las nueve; no hay nada mejor para la salud, y mañana iremos á hacer una visita á esa buena señora de Breteuil.

A la mañana siguiente, Norina tuvo jaqueca; el marido, que ya lo esperaba, no se conmovió; y á eso de las dos entraba en casa de los Breteuil, sin haber dicho nada á su mujer. Duval expuso, á su manera, la historia de su boda, sin ocultar los defectos de Norina á la cual trataba con el afecto que se siente por un animal de lujo, y al mismo tiempo, con el cariño que despierta un niño mimado, cuyos caprichos divierten sin inquietar. Dijo que su mujer había tratado de resistir al principio; pero que la había dominado en poco tiempo.

La señora de Breteuil lo miraba con incredulidad, y Breteuil lo contemplaba con compasión. Duval, que no era tan tonto, interpretó aquellos sentimientos, y exclamó:

—Apostaría que me tomáis por un imbécil.

—¡Oh!—dijeron los esposos con un mismo gesto, que demostraba cuan lejos estaban de una idea tan incivil.

—¡Sí por cierto, se ve en vuestras caras. Pues bien no; no soy un imbecil. Conozco los defectos de Norina, es golosa, voluntariosa, no tiene buen corazón, es orgullosa y, en el fondo, es muy egoísta.

Pero la única virtud que tiene es su honestidad, no es nada coqueta mi pequeña Norina; y en estos tiempos no se encuentra esas mujeres! ¿Me diréis que le gustaba vestir bien? ¡Dios mío, si está en la edad! Pe-

ro los hombres no existen para ella. Yo mismo, que soy su marido, pues bien, es tan modesta, tan sencilla, que en los primeros tiempos de nuestro casamiento... y no hay nada que valga tanto como eso!

Ciertas convicciones imponen respeto. Sería una mala acción destruirlas, ¿por que, con qué se las sustituiría? ¿Con qué derecho romper el corazón de una criatura humana? Además, el tiempo se encargaría, quizá, de desilusionar al contratista.

—Norina ha debido cometer con vos alguna tontería—continuó.—Se ve en el modo con que os habéis saludado.

Es una niña sin educación, porque es preciso decirlo todo. Sus padres la han educado horriblemente mal. Voy á darle una lección y os la traeré más suave que un guante.

Y con esto se marchó sin dar á los esposos el tiempo para contestarle.

—¿Qué haremos? —dijo la señora de Breteuil, cuando se cerró la puerta. Es muy duro tener que sufrir la presencia de esa pécora; y, por otra parte, ¿cómo desengañar á ese pobre hombre? parecería una mala acción, y lo sería, en efecto.

El señor Breteuil reflexionó un instante y dijo:

—La situación es más grave de lo que parece, es cierto que con la opinión que Duval tiene formada de su mujer no pueden menos de suceder cualquier día, cosas muy desagradables. Pero nosotros no somos sus amigos, sino sus conocidos; el oficio de Don Quijote no nos ha dado buenos resultados con Lignón; si queréis creerme, dejemos que la pareja Duval se las componga sola, y para evitar explicaciones desagradables, si nos trae á su esposa, la acogeremos fríamente, como si apenas la hubiésemos tratado. Créeme

si esta especie de comedia repugna á nuestros instintos de rectitud, aun desagradará más á la que llamáis pécora.

Cuando Norina supo que tenía que acompañar irrevocablemente á su marido, en la próxima visita, experimentó un magnífico ataque de rabia, por primera vez desde que estaba casada, cometió una imprudencia y se descubrió.

—No iré, no iré! Después de todo, no estamos en Turquía, estamos en Francia, no me pueden obligar á hacer lo que no me conviene, no iré, no quiero.

Duval la miró atentamente y su rostro jovial tomó una expresión que sus maestros albañiles le conocían muy bien; su mujer no se la había visto nunca.

—¡Dí otra vez que no quieres!—dijo sin levantar la voz; pero apretando un poco los dientes.

Ella lo miró y tuvo miedo.

—¡Dime que no quieres alguna cosa, cuando yo he dicho que lo quiero! ¡eh! ¿no respondes? Te fastidia que no me deje llevar por las orejas? ¿Te habías figurado que harías de tu marido lo que te pasara por la cabeza? ¿y que si se resistía le comoverías con pamplinas? ¡Vaya una ocurrencia!

Y se encogió de hombros, pero con un ademán muy distinto del que Muriel empleaba para ello.

Norina, asustada, pero no vencida, con ojos de maldad lo miraba con estupor; él dirigió hacia ella su clara mirada que se volvió de pronto aguda.

—¡No quieres! ¡y no irás! eso, al menos, es claro. ¿qué has hecho á esas buenas gentes que no osas volver á su casa?

Ella reprimió un movimiento de cólera que no pasó inadvertido.

—Mirad esto —dijo con cierta amargura Duval

—uno es rico, ¡tiene labrada su posición podía uno hacer una buena boda con la que se conseguiría honra y en lugar de eso, por la linda cara de una señorita, se casa uno con ella; y ésta resulta una niña mal educada, que no posee nada más que su buena figura; se la colma de atenciones y regalos, se le proporciona casa, criados, coche... y antes del año de casados, la que parecía una mosquita muerta, se rebela, y por motivos insignificantes, y sin razón ninguna, os da los grandes disgustos.

¡Y no os acerquéis, porque os mordería!

Norina estaba amarilla de furor, sin decir una palabra, con la palma de la mano envió al suelo, todo lo que se encontraba encima de la mesa del salón, y miró con una especie de maligno contento, esparcirse por el suelo los objetos rotos.

—Hola ¿eso haces?—dijo el contratista.

La sangre se le subió á la cabeza y se tiñó de púrpura.

—Mira, desgraciada, te desharía como un cristal si quisiera...

Le cogió la muñeca y se la apretó entre dos dedos.

Norina lanzó un agudo grito.

—¡Tonta!—dijo riéndose—es sólo para enseñarte, ¡no vuelvas á empezar! ¿lo oyes? soy hijo de un albañil, y en mi país los hombres pegan á sus mujeres cuando estas son demasiado malas. Aun no se ha encontrado otro medio de hacerlas callar. Bien sé que en la alta sociedad no se hace eso; pero yo no soy un hombre de la buena sociedad, soy Luis Duval contratista y mi mujer andará derecha. ¿Lo has comprendido?

Ella huyó á su cuarto, se encerró en él y rehusó comparecer á la comida.

Duval no se conmovió; pero viendo pasar á la criada con una taza de caldo, la detuvo.

—La señora no debe tomar nada,—dijo—el doctor dispuso que cuando se sintiese enferma, guardase dieta, una dieta absoluta. Decidle, que soy yo quien se lo recuerda.

Para entrar en la habitación de la señora, era necesario atravesar el comedor. Duval se instaló con su pipa junto á la ventana é hizo la guardia tranquilamente toda la noche. Hacia las diez entró; Norina acostada fingía dormir. Se condujo absolutamente lo mismo que si ella no hubiese estado allí y cuando la casa quedó en silencio se durmió.

El día siguiente, la señora Duval se levantó como de ordinario, y su marido no hizo alusión á lo que había acontecido la víspera.

—¿Estás lista?—le preguntó—A las dos, iremos, á casa de los Breteuil.

Ordenó que le trajeran su sombrilla y su sombrero; el contratista le ofreció el brazo, y entraron en casa de la señora Breteuil.

Al ver á su antigua amiguita, la buena señora no pudo menos de sentirse emocionada: pero se había jurado permanecer impassible y supo guardar su palabra.

La entrevista fué ceremoniosa y corta: Duval, con toda su jovialidad, no pudo amenizarla. Se prometieron por una y otra parte volverse á ver y se separaron con un indecible alivio.

La señora de Breteuil, ignorante de la escena que había tenido lugar entre Norina y Duval, tuvo una especie de compasión para el orgullo vencido de la castigada joven.

—¡Quizá se arrepiente!—pensaba la excelente mujer y nunca osará decírmelo.

—No se arrepiente—repuso un día el señor Breteuil delante del cual exponía esta opinión:—Está humillada, pero no corregida. No la corregirán ni ahora ni nunca. Lo he observado en sus ojos cuando os mira, os aborrece mi pobre amiga.

La señora de Breteuil exhaló un suspiro y se esforzó en no pensar más en ella.

XXV

Tanto temor, como había tenido Norina de ver llegar á su madre, tanto más ansiaba ahora que se aproximase el momento de abrazar á esta confidente de los disgustos domésticos. Por tanto, la señora Guerbois y hasta los hermanitos fueron acogidos con una expansión de alegría que no dejó de sorprenderlos.

Cuando las dos mujeres se encontraron solas, Norina se dió prisa en desgranar el rosario de sus miserias; basada en el recuerdo de ciertas escenas entre su padre y su madre, esperaba encontrar toda la conmiseración imaginable en una señora que siempre había resistido á su marido.

Pero la señora de Guerbois supo demostrar á su hija que cada uno tiene una medida pequeña para sí, y grande para los demás. Que tuvo sobrada razón para convertir en ilota al pobre Guerbois, estaba cien veces probado; pero que Norina debiese obrar lo mismo con Luis Dubal, era muy diferente, y se lo hizo ver con argumentos indiscutibles.

—En un matrimonio pobre, al que ninguno de los esposos ha llevado nada, la mujer debe organizar la existencia, de suerte, que el marido trabaje y gane todo el dinero posible; si se resiste hay que arreglar-

se para obligarle á obedecer por la persuasión y por escenas que los hombres detestan, y de las cuales concluyen por tener miedo. Pero contigo, la cosa varía. Tú no has aportado nada; tu marido es quien lo pone todo. El ha firmado un contrato matrimonial por el que te reconoce cien mil francos de dote; lo que te producirá cuatro mil francos de renta; él es muy bueno; pero en realidad, el día que llegue á hartarse, puede muy bien echarte á la calle con los cuatro mil francos de renta, cuando gastas cerca de cincuenta mil: mira si la diferencia merece que hagas algunas concesiones.

Esto era hablar con pico de oro; pero Norina tenía un carácter tal, que quería todas las ventajas sin ceder lo más mínimo. Se contentó con poner hoci-co á su madre, á sus hermanos, al señor y á la señora de Breteuil, los cuales tuvieron el acierto de no prestar atención, en sus raras entrevistas; hasta que la estancia en Drippe, tan deseada, concluyó por ser una penitencia para la joven, que no encontraba con quien hablar.

Después de la llegada de la señora Guerbois, Duval se había vuelto á París, de donde venía el sábado en *el tren de los maridos*; Norina empezaba por acogerlo bastante mal; después, cuando el buen humor del contratista conquistaba á todos los de la casa, se dejaba desenojar y se volvía bastante amable á la hora de marcharse éste.

Aunque no de un modo muy católico, vino alguien, que lo cambió todo.

Este *deus ex machina* no fué otro que Muriet. Se trasladó á Dieppe para arreglar sus casitas, y se quedó allí para cortejar á Norina. Siempre se había él dicho que cataría aquel fruto; y el momento le parecía